
Burro de Carga

Francisco A. Baldarena

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6742

Título: Burro de Carga

Autor: Francisco A. Baldarena

Etiquetas: cuento

Editor: Francisco A. Baldarena

Fecha de creación: 8 de junio de 2021

Fecha de modificación: 2 de enero de 2023

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Burro de Carga

1

El burro

Durante todo el día, las bestias de carga iban y venían por el camino hecho de polvo y olvido, tirando de abarrotados carretones con paja de lino para los hornos de ladrillos, cereales para las forrajerías o leña para las panaderías del pueblo, y cuando pasaban frente a la chacra de los Pérez, los cansados animales desviaban la vista hacia el chiquero junto al montecito. Allí, invariablemente, se deparaban con la voluminosa presencia de un cerdo holgazán, engordando y viviendo el ahora lo mejor posible.

Una de esas bestias era un burro que cinchaba desde el amanecer hasta caer el sol, siempre tirando de un carretón, que tanto de ida como de vuelta, siempre iba cargado hasta el tope. Este animal, que tenía plena conciencia de sí, algunas veces consideraba al cerdo de los Pérez un ser afortunado, pero tal apreciación la sostenía en momentos en que el sol, implacable sobre el lomo, parecía cocinarlo por dentro y el polvo del camino se le metía por la boca reseca de lengua, paladar y garganta. Solía imaginar al cerdo revolcándose en el barro refrescante y aliviador del charco cerca de la arboleda, disfrutando de un momento hecho de sombra y agua fresca, muy diferente al suyo. Hasta después del último viaje, cuando quedaba molido tras otra ardua jornada, la imagen del cerdo pasándola bien lo perseguía y solo el sueño podía hacerlo desaparecer. Pero en las raras ocasiones en que la tenía fácil, el burro se reía de la ingenuidad del cerdo al vivir «como si nada», como si aquí fuera el paraíso terrenal de los porcinos. Un pobre infeliz,

según su propia apreciación; cuya buena vida tenía un precio a ser pago en forma de embutido, de jamón u otro alimento para humanos. Sabía el burro, que un día de esos pasaría frente a la chacra y no lo vería más. Era una regla que se repetía años tras año: un cerdo explotando de gordo de pronto desaparecía y una semana después un lechoncito, rosadito y juguetón, ocupaba el lugar del antecesor, reiniciando así el perpetuo ciclo de engorde y abate. Era la maldición de su raza; la suya, en cambio, era cinchar y cinchar, porque cada uno nace con una cruz que debe cargar sí o sí. No obstante, tenía a su favor, si no lo mataba el yugo impiadoso al cual lo sometía su desalmado amo, el destino de morir de viejo y con el privilegio de pasar tranquilamente los últimos días de su vida suelto en el monte, cuando por demasiado viejo ya no sirviera más para el trabajo de tracción animal. Mientras tanto, alguna que otra alegría le tocaba en suerte, tal como engordar la tropilla del amo con mulas y mulos, y más burritos cuando le tocaba una burra; actividad que, aparte de su trabajo diario, representaba una garantía más para prolongar su estadía en este mundo.

2

El cerdo

Cada vez que las bestias de carga pasaban frente al chiquero, tirando de carretas en cualquier sentido del camino polvoriento y desolado, el cerdo de los Pérez dejaba de hociquear y desviaba la vista hacia ellas y se ponía a gruñir ruidosamente su buen pasar mientras las siluetas cansadas, rumiando en silencio su ingrato destino de seguir en la huella soportando la vida lo peor posible, le devolvían miradas de envidia. Incapaz de la más mínima conmiseración con la suerte de las fatigadas bestias, ni comprender que en sus miradas envidiosas había más necesidad de alivio inmediato que malignidad, el cerdo se revolcaba en la frescura del charco lodoso emitiendo largos y sonoros suspiros provocadores, los cuales traspasaban los límites de la propiedad y se pegaban como garrapatas en los

pensamientos embotados de las pobres infelices.

3

La primera señal

Y llegó el día en que el burro, como siempre, pasando frente a la granja, llevó su mirada triste hacia el chiquero. El holgazán se dirigía hacia la sombra de los árboles con paso dificultoso, con el gordo trasero manchado de violeta. El burro entonces agudizó la vista y percibió la bolsa escrotal del cerdo, arrugada y también violeta: le habían cortado esos dos cojones, grandes como huevos de avestruz, que bamboleaba pesadamente al caminar. En ese instante el burro supo que la hora final del cerdo estaba cerca, que su ciclo terminaba y que pronto sería una tira de chorizos colgando de un gancho de acero en alguna carnicería del pueblo.

4

El día señalado

Y algunos días más tarde, una mañana, al pasar como de costumbre frente a la granja, el burro giró la cabeza hacia el chiquero y de inmediato, impactado por la desagradable visión delante de sus ojos, las cuatro patas se le detuvieron involuntariamente y los cascos se hundieron en el polvo del camino: el cerdo colgaba del gajo de un árbol, sujetado por un gancho enterrado en la quijada, abierto al medio y vaciado de todo contenido. Abajo y a un lado, clavados en un tronco, estaban los infames instrumentos de tan cruel abominación, aún ensangrentados, y un poco más acá, los perros se disputaban a los tirones alguna sobra del infeliz junto a un tacho ennegrecido sobre las brasas exhalando vapores silenciosos. De repente el burro sintió el guachazo ardiente del látigo chisporrotear sobre el lomo y las patas volvieron a obedecer el mandato del amo.

Entretanto, siguió avanzando unos cuantos metros incapaz de quitar la vista del difunto, sin apenarse ni

alegrarse por la suerte de aquel ser que vivió poco, pero fue feliz mientras le duró.

Burro de Carga by Francisco A. Baldarena is licensed under a Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional License.

